

PRECIO
5 Centavos

LA PRIMAVERA

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administración: Perú 1537

U. Telefónica, 0478 B. Orden

PORTE
PAGO

Lenin, Leningrado, leninismo

El comunismo ruso perdió la cabeza. ¿Qué funciones representará ahora ese cuerpo acefalo? Esa es la incógnita que nos revelará el futuro...

Son los mismos comunistas de dictadura los que se empeñan en demostrar que sólo Lenin podía encarnar sus ideales y resumir en su persona toda la labor bolchevique. Son esos fervientes idolatras los que convierten a Lenin en una especie de mito y condenan en esa figura histórica todos los esfuerzos, todas las energías y todas las malogradas aspiraciones del pueblo ruso. ¿Es que la revolución es obra de ese hombre? Sin Lenin ¿no hubiera sido posible el levantamiento del proletariado de Rusia contra la tiranía zarista y el posterior triunfo de ese partido que gobierna en nombre de una herencia revolucionaria que no se esfuerza en conservar los jefes del Soviet?

La revolución rusa no es obra de Lenin. El dictador ruso apareció en escena cuando los acontecimientos revolucionarios ya habían precipitado la caída del zarismo. Lenin puede que haya planeado el golpe de Estado contra Kerensky y dirigido a la minoría bolchevique en sus avances hacia el poder. Pero ese hecho carece de importancia histórica. Señala a lo sumo una realidad política: un simple episodio de las luchas que dividieron a la social-democracia, dando la prevalencia al grupo más activo o que contaba con más fuerza de opinión en la masa obrera.

El comunismo ruso habrá sido obra de Lenin. Pero, como toda construcción política improvisada para hacer frente a acontecimientos sociales que exigen una rectificación en tendencias envejecidas, ese comunismo no puede sobrevivir a la época o al genio que lo gestaron.

Los bolcheviques presienten que con Lenin ha muerto el comunismo ruso. De ahí que los funerales del jefe desaparecido adquieren la seriedad que debieron revestir los entierros de los antiguos faraones. No es un hombre el que ha muerto en la Santa Rusia: es un dios... Y a los dioses se les llora como los comunistas lloran a Lenin. Con el caudillo máximo se va la fe bolchevique: la religión de la dictadura.

La ciudad que sirvió de corte imperial a los sanguinarios Romanoff: la antigua San Petersburgo, transformada en Petrogrado durante la guerra — la ciudad de Pedro el Grande — se llamará en el sucesivo Leningrado: la ciudad de Lenin el Grande.

Con ese nombre se cerrará un ciclo histórico... Pero Leningrado no será un símbolo de libertad y justicia para el pueblo ruso.

Con la muerte de Lenin se define claramente la escisión operada en el partido bolchevique ruso durante los años que llevan en el poder los protegidos del jefe desaparecido. La unidad política no existe en ese partido que interpreta una doctrina dictatorial. Sólo la influencia de Lenin pudo evitar la guerra abierta entre los dirigidos bolcheviques y mantener el frente único de la reacción comunista contra las otras fracciones revolucionarias.

El leninismo no es una doctrina: es una modalidad del marxismo que se fundamenta en la práctica del gobierno que inspiró Lenin. De ahí que ahora se llamen leninistas los que permanecen fieles a las teorías políticas y económicas del dictador, queriendo significar con ello que en el partido bolchevique hay adeptos que están contra el leninismo y consideran malograda la revolución con la práctica gubernamental de los partidarios de Lenin.

Leon Trotsky, situado en la oposición y expuesto a caer de su pedestal debido a sus recientes críticas a la política económica del gobierno soviético, se encargó de revelarnos la existencia del leninismo como denominativo político que expresa algo distinto de lo que es el comunismo ruso. En la oración fúne-

bre que dedica a Lenin, Trotsky dice lo siguiente:

“Comaradas: ¿Cómo hemos de seguir en el camino emprendido? ¿Debemos suspender la marcha porque Lenin ya no está con nosotros? Queda el leninismo, Lenin es inmortal en su doctrina, su trabajo, sus métodos y su ejemplo que sobrevive en el partido que creó y del que era cabeza y guía.

“Que nuestra pena sea tan inmensa como nuestra pérdida, pero felicitemonos de que hayamos sido contemporáneos de Lenin. Nuestro partido es el leninismo en acción. Cada uno de nosotros encierra algo de Lenin. Guiándonos por la luz del leninismo, encontraremos el buen camino por el pensamiento colectivo y la colectiva voluntad.

“¿Cuántos hay entre nosotros que no darían su última gota de sangre para que volviese a circular la sangre en las venas de Lenin, maestro sin igual? Lenin era necesario para las masas trabajadoras del mundo como acaso no lo ha sido ningún otro en toda la historia de la humanidad.

“Nuestro partido queda huérfano, lo son las clases trabajadoras. Esto es lo que se siente ahora por encima de cualquier otro sentimiento. Ha quedado duplicada nuestra responsabilidad. Seamos dignos de aquel que nos enseñó, y al llevar en duelo estrechados nuestros fillos y nuestros corazones para los nuevos combates. Adiós.”

Trotsky no es leninista. Está en el otro extremo del bolchevismo y aspira a ser el intérprete de una modalidad política en contradicción con las orientaciones impuestas por Lenin a la política general del gobierno de Moscú. Pero Trotsky no podía guardar silencio ante la muerte del jefe máximo del comunismo ruso.

Es Zinovieff el que habla en nombre de los leninistas, vindicando para los fieles a Lenin el derecho y la responsabilidad de dirigir al pueblo ruso y al proletariado internacional. En un artículo publicado en “Pravda” de Moscú, Zinovieff rinde tributo a la memoria de Lenin y plantea el problema que esa pérdida creará al leninismo. He aquí sus argumentos:

“La revolución internacional ganó su primera victoria en uno de los países más grandes del mundo, pero todavía se tropieza con dificultades en la lucha internacional.

La tarea que deben realizar los leninistas en Rusia, es la siguiente: “Primero, hacer todo lo que esté en su poder, para consolidar el ideal fundamental de Lenin: la unión de las clases trabajadoras y de los campesinos.

“Segundo, estrechar los lazos entre el partido comunista y las clases trabajadoras no partidistas.

“Tercero, salvaguardar la unidad del partido.

“Cuarto, permanecer en el partido del bolchevismo militante, manteniendo dentro del círculo hostil, retirándose cuando sea necesario para poder atacar mejor después.”

Zinovieff se apresura a recoger la herencia de Lenin. Y el leninismo será lo que fué su creador y jefe: una modalidad política lo suficiente clásica para ajustar la conducta de los gobernantes rusos a las necesidades del gobierno, realizando el ideal de la dictadura sobre el proletariado mediante continuos avances y retiradas estratégicas.

Lenin era eso: un gran estratega político.

Industrialismo de pega

La voz de orden en la cuera usara es la de industrializar a todos los trabajadores del país. El industrialismo constituye, en cuestiones sociales, la última novedad. Y si bien es cierto que fueron los camiones los introductores de esa mercadería, no por eso dejan de ser los mejores clientes...

Desde que los chiflados de la moda y los micos de la innovación entraron en campaña para hacer tragar a los obreros organizados ese gato marxista, nues-

tros mininos bolcheviques se dedicaron a maullar industrialismo. Y claro está, la U. S. A. hizo suyos los maullidos, en la esperanza de llegar a reunir en su seno todos los gallos que incursionan por los tejados de la vecindad.

Interpretes de esa terrible conspiración industrialista... son los camaleones del gremio de chauffeurs. Los señores del volante se consideran poco menos que el centro del universo: han llegado a creer, en su soberbia imbecil, que sin ellos desaparecería el movimiento obrero y todo motivo de agitaciones y de luchas. Y lo colosal del caso es que, ellos, pequeños intermediarios entre la industria y el comercio, simples servidores públicos situados en el camino de la verdadera organización proletaria, tienen tanto parentesco con la industria del automóvil como el que puede tener un pepino con un serrucho.

Son, sin embargo, los chauffeurs de esta capital, la piedra angular de la industria del automóvil. ¿Será una industria eso? Si, una industria camaleona.

El caso es que un grupo de veinte industrialistas, entre chauffeurs, natteros y gomeros, constituyeron antaño, en magna asamblea, el sindicato de la industria del automóvil. Diréis que no existe, en este país, semejante tronco industrial: que si siquiera contamos con los ramos. Pero ¿qué importa que en la Argentina no se fabriquen automóviles? Se fabrican en cambio, chauffeurs, y eso es un motivo suficiente para crear el sindicato industrial.

La U. S. A. ya tiene otro árbol donde ahorcarse. Ayer los ebantistas formaron el sindicato de la industria que el noble hoy los chauffeurs constituyen el de la industria del automóvil. ¿Por qué no organizar también el sindicato de la industria de la mazamorra y del arroz con leche?

En la U. S. A. se cultiva el bluff. De ahí que a nos extrañe que ahora haya industrialismo sin industria y sindicatos sin obreros.

(o)

De la Prisión Nacional

La agitación de los presos

Hemos recibido una extensa carta que nos dirige uno de los presos de la cárcel de Ceballos, aunque por el tono en que ha sido redactada parece que hubiera salido de las manos del director.

Se dice en esa carta que uno de los verdugos de aquella prisión, el jefe de alcaidía, Gerardo Rubio, está empeñado en procurar un medio para realizar la fustia entre los presos a fin de tener un pretexto para realizar una masacre y conseguir por ese medio la dirección del penal.

Como tratándose de tan malos sujetos cabe suponerlos capaces de las mayores infamias, no será difícil que aquel verdugo tenga la intención de realizar la fustia que los presos temen. Ya se sabe hasta dónde llegan esas bestias en una aldea por conseguir un morral bien repleto.

De ser así la sobre razón a los presos de la Prisión Nacional para estar preocupados, temiendo a la vez, por las perspectivas no es para menos la angustia de los fustichados. Y mucho más si se tienen en cuenta que una masa de presos se “paga” con un parte que diga: «la población penal se sublevó», como ha ocurrido otras veces, y como ya lo hizo el mismo verdugo Rubio en 1918. Es característico ya en las prisiones argentinas, sofocar el descontento de los presos con una granizada de balas y dejar un tendal de víctimas.

Por eso no sería extraño que el conocido verdugo Rubio realizara los hechos que leu la población penal del referido ergástulo.

En cuanto a lo demás, por nuestra parte no creemos en la bondad que se atribuye en esta carta al pundonoroso militar argentino: que actualmente dirige la Prisión Nacional, como no confiamos en los buenos oficios del Ministro al que invocan para que vaya a desfacar aquellos entuertos.

Esto no obsta para que quedemos a la expectativa de cualquier maniobra que lleven a cabo los verdugos con el fin de provocar los ánimos de los presos. Si éstos concretan cargos, en una nota que no tenga otro a Director, tendremos mucho gusto en darle curso.

(o)

La ley-ganzúa

La ley de jubilaciones ya está suficientemente calificada. Para la mayoría del proletariado es una ley-ganzúa ya que sanciona legalmente un robo descarado, una explotación indigna en perjuicio de los más humildes trabajadores.

El parlamento es la Sierra Morena por la acción de los cuadrilleros. Y son los asaltantes de caminos — Diego Corrientes que usan traca o levita y ganchos — los que se perpetúan en esos “padres de la patria” arrojados en la encrucijada del derecho.

Contra la plaga bandolera, contra la repetición de atracos y tiros en gran escala, se levantaron en airada protes-

ta centenares de bravas mujeres. Fueron ellas las primeras en presentar el peligro. ¿Cómo permitir que prosperara el código de la Santa Hermandad de la Uña, de los asaltantes de caminos que operan en la encrucijada del Parlamento?

Que se larguen al monte, empuñen el trabuco y roben como dios mandan! No podrán los soplonos y alcahuetes amparar a esos bandoleros legales. Se han puesto en guardia las víctimas y se aprestan a la defensa. Y de nada servirá que empuñen la ganzúa para abrir la alfilerada puerta. Se les vigila. Y saldrán corridos, por las bravas mujeres del pueblo, a escobazo limpio.

La protesta contra la ley de jubilaciones es una afirmación revolucionaria. Nuestro proletariado no acepta la limosna del gobierno y del capitalismo. Aspira a ser algo más que un mendigo a quien se le compadece y se le odia... y saldrá a imponer sus derechos a quienes lo arrojan, por cristiana e hipocrita piedad la limosna de un hueso.

Bien claramente se manifestó el repudio colectivo por la ley-ganzúa. Únicamente los pobres de espíritu, los pordioseros de la virilidad, los huérfanos del entendimiento, aplauden la generosidad de los amos. Los viriles, los fuertes, los que viven para la dignidad y no para el ludibrio, comprenden que su deber está en rechazar esas sobras del festín de los ricos.

Que los aspirantes a bandoleros y los alcahuetes y rufianes que viven al calor de los grandes banqueros, aplaudan ese código del calote y del asalto. La gente honrada no puede hacerse cómplice de semejantes fechorías, aunque lo dicte la ley. Lo sanciona el consejo supremo de la Santa Hermandad de la Uña.

Por ahora son las mujeres las que empuñan la escoba para barrer a los vagos que pregonan el derecho a robar y las excelencias de la ley-ganzúa. Los hombres deben aporrear a más eficaces para hacer frente a los cuadrilleros y defender sus salarios del atraco que se prepara en la encrucijada del parlamento.

(o)

Elogio de la dictadura

Mussolini, después de una larga preparación política, dió por terminada la máquina electoral del fascismo. El trabajo de los eruditos políticos, el tiempo que el que necesitó para preparar el avance sobre Roma y la toma del Quirinal.

Se ha producido una resurrección en el alma proletaria, después de algunos años de suicida quietud. Para los que no creen en la virtud del pueblo como futuro creador de sus destinos, este hecho, dentro de su relatividad, puede enseñarles algo.

Podrá o no sernos grato el móvil que de los actuales insurgencias obreras, pero no puede ocultármelos el valor del gesto.

En Buenos Aires hay veinte mil obreros en huelga, en su mayoría mujeres, cuyos hogares sufren indudablemente las consecuencias de esa actitud. La familia proletaria que envía al taller sus miembros más queridos y tiernos, como los son las mujeres, es porque necesidades ineludibles lo determinan. Ningún padre o hermano desea que las flores más bellas del hogar vayan a marchitarse en los antros sombríos del trabajo esclavo. Nadie quiere ver a la compañera afable y cariñosa, correr los graves peligros de la calle. Motivos hay que obligan a desprenderse de esos encantos de la vida familiar durante todo un día, para que rinda el tributo de su esfuerzo a la explotación capitalista. Esos motivos son la miseria cruel que azota al proletariado de la gran urbe, estrujado por los mil tentáculos de la voracidad burguesa.

Late un hondo problema en el seno de la población obrera de Buenos Aires. Esclava del taller y de la fábrica, cuando tiene la dicha de que le sea permitido ofrecer su esfuerzo fecundo al trabajo creador, y mal retribuido, es después oprimida en múltiples formas. En el conventillo estrecho, sombrío e insalubre, por cuyas covachas debe dejar robar el sesenta por ciento de sus salarios, en los artículos alimenticios de poca calidad, abandonados a precios exorbitantes y en las demás necesidades de la existencia, los trabajadores van dejando cada día un grón de su vida y de la vida de los suyos en las fauces abismables del gran monstruo capitalista.

Las multitudes femeninas que constituyen los cuadros abigarrados de las grandes asambleas populares de estos días, son la evidencia del dolor permanente que azota al mundo obrero. Débiles seres, en legiones vas-

trinal y del Montecitorio. Pero acudieron en su ayuda los políticos despojados de su investidura de lacayos regios y todos los hambrientos que merodean en los bajos fondos de la solitaria parlamentaria a la espera de un mendrugo. El rey firmó el decreto disolviendo el parafático parlamento italiano. Y Mussolini convocó a elecciones para fabricar una mayoría fascista que autorizara la contrarrevolución y dé fuerza legal a la dictadura.

Para que la farsa sea completa, el dux se ocupa de su persona: hace el elogio de su gobierno y justifica sus históricas explosiones de odio, los crímenes que alentó con su palabra y las infamias que glorificó con sus actos.

Las vigorosas energías de la nación, dice el dux, fueron organizadas por el partido fascista, que presenciaba el descalabro nacional, el cual hizo una herida general en el país y evitó ruinas mayores.

Mediante la voluntad del rey, el fascismo asumió el poder en el mes de octubre de 1922 y el nuevo gobierno tomó el partido de prescindir del tremendo entusiasmo que originaron las nuevas elecciones.

Y olvidándose del período sangriento de la contrarrevolución, cerrando los ojos a la espantosa realidad de la lucha febril desatada por el fascismo y pretendiendo aventar del espíritu del proletariado los horrores de la odiosa cruzada de los lacayos de la burguesía, Mussolini llega a la inmundicia de este autoelogio.

El gobierno fascista, que cree que su misión consiste en salvaguardar todas las necesidades reales de las aspiraciones que tengan relación con las vicisitudes reales de nuestro pueblo, es el más fuerte exponente de la unidad ideal que armoniza todas las tendencias que se mueven en la órbita de la vida nacional, y por lo tanto, en vez de ser el Estado una mera expresión de la existencia social de determinadas clases, debe ser siempre y en todas partes una imagen viviente en todo el país la custodia de sus tradiciones y sus sostenidos los más altos personeros del sentimiento nacional.

Con ese programa se apresura Mussolini a ganar las elecciones. Pero más viril que las palabras del dux, tendrán el garrote y el aceite de ricino. He ahí el verdadero programa electoral del fascismo.

La dictadura sólo se sirve de la legalidad para disfrazar el garrote que empuña el dictador. Mussolini quiere que la ley autorice sus bandoleros y glorifique sus crímenes patrióticos. Por eso disuelve el parafático parlamento italiano y convoca a nuevas elecciones.

(o)

El momento proletario

En las últimas, nutren con la propia vida, tierna y generosa, la sublección nautica, sobre los grandes buques que con sus alas de muerte proyectan sombras espesas sobre este suelo.

Por eso es alentador ese despertar del alma femenina. Prueba fehaciente de que un nuevo sentimiento la ha penetrado, es ese gesto altivo con que contesta a una accechar capitalista.

El hecho de que las mujeres no hayan querido resignarse a una imposición legal que las despoja de una parte del salario de por sí irrisorio, para llenar disposiciones de que mandan, es síntoma augural de que todo un futuro de actividades emancipadoras está reservado a la mujer proletaria de la gran cosmópolis.

Es posible que no interprete todo el significado oprobioso de la ley, ni aun los alcances de la lucha en que se empuñara para combatirla. No está eso seguramente en el círculo de sus percepciones mentales. Si para la gran mayoría de los hombres no llegó aun esa comprensión, teniendo mayores razones para interpretar los anhelos del momento, mucho menos ha de ser propia de la mujer, alejada de los grandes problemas que plantea la historia, por los hábitos reprobables de vida frívola y despreocupada, impuestos por la educación corriente.

Pero no puede ser tal el pesimismo anarquista, que sacrifique lo fundamental a lo transitorio.

Y lo fundamental para nosotros es brindar a la presente lucha todos los esfuerzos de que seamos capaces. En la simpatía de esos corazones tiernos, tenemos expresada la ilimitada confianza puesta en nosotros. Labor de siempre debe ser la nuestra en esas conciencias rudimentarias, para hacerlas florecer en una eclosión de esperanzas, no importando la razón que impulse sus actividades.

Tampoco nos ha de preocupar en exceso el final de esta gran jornada. Puede traducirse en una victoria magnífica o en un desbande de voluntades, cansadas o vencidas por la violencia gubernativa, pero sin que de la semilla arrojada en tierra fecunda deje de

